

Tanatofobia

Sonia Ibarra Valdez

La mayoría de las personas tenemos miedo a la muerte, o más que a esta, a la forma en cómo «estiraremos la pata». Huimos siempre del sufrimiento; pensar en morir por asfixia, quemaduras, tortura, enfermedad o en soledad es algo que nos atormenta de vez en vez en las grietas silenciosas de la cotidianidad. Si bien, el dolor físico o emocional es parte de nuestra existencia (como una señal de que estamos con vida), siempre tratamos de evitarlo.

Han pasado más de cincuenta años y, aunque intento eludirlos, sigo pensando en aquellos funestos días. Todo empezó por la infame suerte otoñal: el cielo carmesí, una bola de hierba seca perseguida por el viento y una densa polvareda se interpusieron a una camioneta llena de obreros que regresaban a casa después de una larga jornada de trabajo. Una curva ciega, el crujido del metal, gritos y luego silencio. Carretera desierta. Hombres heridos, en apariencia ninguno en peligro de muerte. El más lastimado tenía incrustado un trozo de fierro oxidado en la pantorrilla, se lo arrancó como quien se extirpa una astilla; ensangrentado y tambaleándose caminó hasta llegar a su hogar, donde lo «curaron» con un poco de alcohol, vendas improvisadas y muchos rezos, eran las posibilidades de la familia.

Al día siguiente, él y su esposa, en compañía de dos de sus ocho hijos, se dirigieron al hospital general de la ciudad. El dicho «como te ven te tratan» fue evidente cuando solicitaron el servicio médico: apatía, indiferencia y sarcasmo. Lo miraron como se mira una cosa que incomoda. No lo escucharon. No lo atendieron. Lo trataron como si no fuera verdadera su aflicción, como si pudiera esperar, pero el dolor no aguarda. Retornaron a casa.

Una semana después regresó con un sufrimiento ya visible en el temblor de sus manos. Lo internaron un par de noches en aquel saturado y deshumanizado lugar. Deseaba la compañía de su esposa, de sus hijos, de algún rostro conocido y amable, pero en los hospitales públicos no se puede tener esos privilegios.

No mejoró. Uno de los doctores, sin mirar directamente al convaleciente, propuso amputar la pierna por presentar signos de gangrena. El hombre se negó rotundamente. ¿Cómo iba a mantener a su familia con una sola pierna? ¿Quién iba a trabajar ahora para llevar el alimento a casa? ¿Quién iba a cargar con la vergüenza de su inutilidad? Así que lo dieron de alta. Lo mandaron a casa sin preguntas, con la prisa y la frialdad de quienes han visto demasiados cuerpos rotos.

Cinco días después, el enfermo volvió al nosocomio convertido en una sombra, esquelético, con fiebre, espasmos musculares que dificultaban la respiración y una sonrisa sardónica que se clavaba en los huesos y reflejaba un sufrimiento recrudecido. El diagnóstico fue brutal: tétanos generalizado. No había más opciones médicas, solo quedaba esperar.

Pasaron seis noches y en una helada tarde de invierno —de esas que parecen hechas para morir—, con ayuda de una enfermera que quizá sintió compasión por mi rostro lleno de incertidumbre, logré entrar a verlo. Yo tenía doce años y no comprendía del todo lo que estaba viendo, pero lo sentía en cada milímetro de la piel, en las manos frías, en el estómago encogido y en la garganta seca.

El cuarto olía a desesperación, a carne que se pudre, a orina contenida y a un final inevitable. Fui testigo y parte del sufrimiento de aquel hombre. Con quejidos desgarradores y miradas lastimosas suplicaba por ayuda. Sus expresiones revelaban los ruegos de que alguien o algo aliviara la hoguera interna que lo calcinaba. Se retorció como si peleara contra fuerzas invisibles. En un momento me tomó la mano y apretó con una fuerza casi sobrehumana. Entonces ocurrió. No hubo palabras. No hubo despedidas, solo un espasmo y su último lamento. Había presenciado la muerte de mi padre.

Han pasado más de cinco décadas y me sigue torturando, un poco cada día, el miedo de morir, mejor dicho, de agonizar demasiado antes de «colgar los tenis».